



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

La rana o sapo de Pantitlán, Tlayacapan. Un acercamiento a la complejidad social

Al trasladarse en automóvil por la carretera federal desde La Pera hacia Cuautla, tras pasar la caseta de Oacalco y antes de alcanzar Oaxtepec, se advierten aún hacia la derecha, esto es, hacia el sur, los montículos que forman la sección central de la Zona Arqueológica llamada Pantitlán.

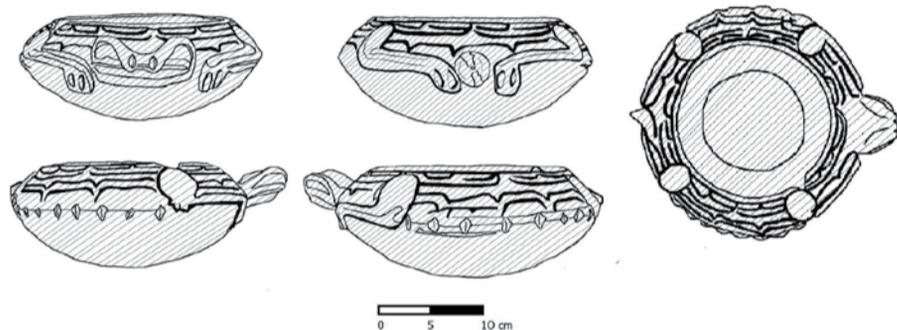
Estas tierras irrigables donde se localiza la zona, se laboraban en los inicios de la sociedad virreinal para beneficio aún, de los antiguos pipiltin que devinieron en caciques después de la invasión española, éstas les serían compradas por un tal Lucio Lopio Lambartego para construir la próspera Hacienda de Pantitlán a partir de 1583 y desencadenaría una larga historia por la ambición de este espacio agrícola con gran potencial de irrigación. Treinta años después de la compra por parte de este Lucio, su hermano proyectaría ahí, un "ingenio hidráulico". En 1665 ya bajo propiedad de un tal José Montemayor se adquirirían derechos sobre 48 surcos de agua, lo cual era una gran magnitud. En 1704 se fragmenta la propiedad y se deja de producir caña, sólo para que en 1750 un tal Pedro Valente reiniciara la producción cañera con nueva rueda hidráulica y con la usurpación de agua que le pertenecía al pueblo de Huaxtepec, el litigio y la inestabilidad social duraría hasta finales del siglo XVIII y ya hacia el siglo XIX la empresa era clasificada como de baja productividad (Haskett 2009:450). Los vestigios de la hacienda se encuentran hoy implicados ya en un asentamiento moderno y la ampliación de la carretera fue exitosamente redireccionada para impedir que se destruyera parte de sus muros perimetrales. La intensa labor agrícola de carácter intensivo por siglos en los terrenos de la hacienda que coinciden con la Zona Arqueológica de Pantitlán, ha afectado ineludiblemente los antiguos asentamientos humanos que aún se resisten a desaparecer, e incluso recientemente se observa con temor la creación de fraccionamientos muy cercanos que atentan contra muchas leyes de los asentamientos humanos coherentes al crearse sin organicidad con las dinámicas históricas urbanas y rurales de la sociedad morelense, pero ya se atisban en el horizonte contra toda lógica de vida buena futura.

Pues bien, ésta densa región arqueológica ha sido solamente estudiada de manera parcial. Se realizó hace poco más de tres décadas un recorrido de superficie por Nalda et. al. (1980), el sitio Pantitlán fue registrado con el número 35, identificando hasta 17 basamentos y ocupaciones desde el llamado Preclásico Temprano, considerado como los momentos de ocupación más importantes de esta zona: el período Olmeca (1000-500 a.n.e.), el Preclásico Terminal (200 a.n.e. al 150 d.n.e.), y el Clásico Temprano (150 al 450 d.n.e.) (Nalda et. al. (1981). Una década después en un proyecto que pretendía realizar excavaciones puntuales en diversos sitios en todo Morelos, se intervendría el lugar, identificándose ocupaciones de los períodos Preclásico y Clásico (Vega y Pelz 1990). Recientemente, el año pasado se realizó un rescate arqueológico derivado de la ampliación de la Carretera Cuautla-La Pera, y con ello se corroboró una ocupación hacia el período Olmeca, de esta temporalidad relativa se extrajo la asombrosa escultura cerámica antropomorfa femenina con triple rostro que fue llamada por las investigadoras a cargo como "La triada", fechándola hacia el llamado Preclásico Medio Tardío (800-400 a.d.n.e.) (Canto y Peña 2012).

Derivado de la ejecución del Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan; Morelos que llevamos a cabo en su segunda temporada, nos hemos visto involucrados como equipo de investigación en una vorágine asombrosa de creación y recreación de relaciones con múltiples agentes locales, con vecinos de Tlayacapan que se acercan y nos confían saberes añejos, dudas desempolvadas, y claro está, también nos muestran de vez en vez, piezas arqueológicas que ineludiblemente localizan en los muchos trabajos que se realizan en el campo. Este es el caso de una vasija que nos fue mostrada por un vecino de la localidad, la cual se nos permitió dibujar, fotografiar y describir; este vecino nos informó que la

Arqueólogo Raúl Francisco González Quezada

P. A. Berenice García Vázquez

Proyecto de Investigación y Conservación de a Zona Arqueológica el Tlatoani,
Tlayacapan, Morelos

Dibujo técnico de la vasija

pieza fue recuperada mientras realizaba trabajos con maquinaria pesada en los bordos de irrigación directamente en las inmediaciones de la Zona Arqueológica de Pantitlán, la pieza se encuentra en su posesión y le hemos explicado la importancia de registrarla ante la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas del INAH.

El artefacto se trata de un cajete con pared de silueta compuesta, con un engobe negro (10 R 2.5/1 negro rojizo según la tabla Munsell de colores de tierra) pulido. La pieza fue incisa con signos geométricos en su pared externa y le fueron agregados con modelado algunos elementos para convertirla en la representación naturalista de un animal. Las secciones incisas son gruesas y se realizaron cuando la pieza comenzaba ligeramente a secarse, por lo que dejaron en su interior una superficie rugosa. Es notorio que en estas secciones incisas tiene rastros de un pigmento rojo, altamente probable que se trate de cinabrio, esto es, sulfuro de mercurio (HgS), quizá también esté presente óxido de hierro, de hecho, existe en la zona arqueológica olmeca de San Lorenzo un tipo cerámico análogo que presenta en ocasiones esta pigmentación basada en cinabrio, que es el llamado Calzadas Carved y Carved-Incised desde la fase San Lorenzo (1150-900 a.d.n.e.) (Coe y Diehl 1980).

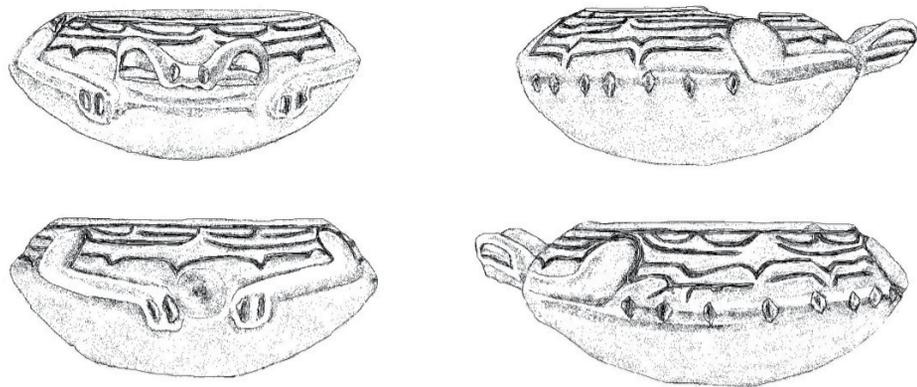
La particularidad de esta pieza se debe a que expone la forma de un anuro (bien podría representar una rana o un sapo) en relieve, al parecer se trata de un sapo, en donde se puede apreciar la cabeza en la parte frontal expuesta en forma escultórica exenta de la vasija, se observan los ojos abiertos en grandes dimensiones entre los que se muestran los orificios nasales y debajo de estos la boca que parece estar entreabierta; muestra también en modelado las extremidades delanteras y traseras, así como su cola. Muestra una cenefa con incisiones profundas alrededor de toda la vasija. Como ya se mencionó, la superficie de la pieza presenta reminiscencias de pigmento rojo, el cual se percibe claramente en las acanaladuras de las incisiones que forman una cenefa expuesta en la pared superior a manera de remate en la cresta de la vasija.

Los signos presentes en la banda alta de la cenefa dentro de la tradición del fenómeno Olmeca en América Media, han sido interpretados como cejas en forma de sierra, elemento al que se le vincula a la expresión iconográfica del llamado monstruo de la tierra o monstruo cósmico, personificado por un reptil relacionado con el origen de las cosas en el mundo; algunos investigadores aseveran que el trazo de las incisiones representan la conformación simbólica de una mano-ala-pata; mientras que los signos en la banda baja de la cenefa se puede suponer que se trata de llamado U invertida, a las Ues invertidas se le atribuye el significado de las encías de seres zoomorfos del monstruo de la tierra, tal como ha sido propuesto en el análisis de los signos presentes en la cerámica de San Lorenzo, perteneciente al Preclásico Temprano (1350-850 a.d.n.e.) (Castro y Cyphers 2006: 39-42).

Sígnicamente, la vasija del anuro de Pantitlan se relaciona con otras piezas efecto de la sociedad Olmeca. Por un lado, proveniente de la región del Río Balsas una vasija negra olmeca que representa un anuro que ha sido identificado con un sapo, aparentemente un Bufo marinus, muestra la representación de lo que pueden ser sus glándulas parótidas, lugar donde segrega esta especie, una sustancia con propiedades sicoactivas; se ha supuesto que podría haberlas contenido no solamente en la vasija que porta, sino que el cuerpo mismo de la rana que es contenedor también, a través de las patas delanteras (Reilly 1989:10). El Bufo marinus se distribuye desde el extremo sur de Texas a través de México y América Central hasta el norte de América del Sur (parte central de Brasil y Perú) y El Salvador (LABIN 2013). Por otro lado, en la colección del Museo de Arte de la Universidad de Princeton, se encuentran una escultura en piedra fechada aparentemente para el año 800 a.d.n.e., la pieza muestra lo que Reilly denomina "Shaman en postura de transformación", se trata de la representación de un figura humana en posición de descanso sobre sus rodillas, apoyando sus brazos en ellas, en la parte superior de su cabeza se aprecia un anuro esgrafiado. Cabe mencionar que en la Parte Central del sitio de San Lorenzo, se encontraron



Registro fotográfico de la vasija del anuro de Pantitlán



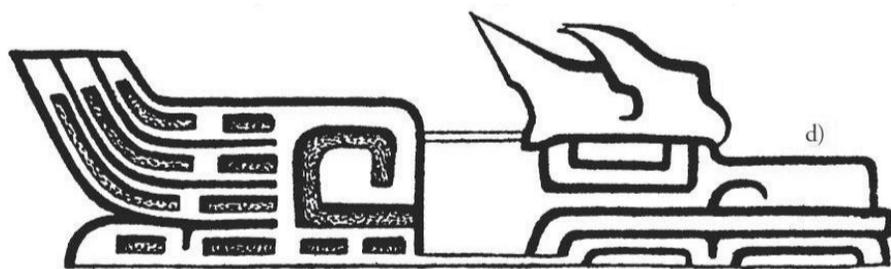
Dibujo naturalista de la vasija

restos óseos enterrados de *Bufo marinus* y objetos de claro estilo Olmeca, que indican la ejecución de ceremonias con el sapo (Reilly 1989: 5-15).

Ahora bien, qué significado tiene la presencia de una vasija así en Pantitlán. El contenido inmediato de todo artefacto es sin lugar a dudas su función, y la más cercana a la forma y signos implicados en la vasija del anuro de Pantitlán nos permiten asignar interpretaciones probables. La vasija es objeto y signo, como tal, representa a un objeto más, a un animal, lo suple como signo, así, contiene al anuro y sus propiedades, cualesquiera que hayan sido las que la sociedad de Pantitlán le asignara a los anuros de esta clase representada en la vasija dentro de su sistema de valores cosmovisionales. Contenía si acaso, la capacidad fáctica o simbólica de los efectos posibles de sustancias con efectos sicoactivos. Alude a elementos signícos como el llamado "monstruo de la tierra", contiene elementos en este sentido a la humedad y a los ciclos pluviales.

Y aunque no sabemos con exactitud a qué clase ritual fue asignado el artefacto, si se puede dilucidar que fue pieza estratégica en la función del orden religioso, ritual y especializado de un sector de los pobladores de Pantitlán, no para el servicio de chamanes, los cuales solamente están registrados para la sociedad siberiana del siglo XIX y que mostraban la particularidad de la ingestión de sustancias sicoactivas para sus actividades, sino para una categoría mayor de especialistas, que son los negociadores entre el mundo y el enecúmeno, más allá del mundo, el ámbito de lo sobrenatural; estos pueden o no incluir las sustancias sicoactivas en sus funciones, pero lo importante es que para estos momentos se encuentran de la historia de América Media, se encuentran desvinculados quizá de manera total de las labores subsistenciales y se han convertido en especialistas del ritual, estarían asociados a la incipiente clase hegemónica.

Tradicionalmente se piensa que es hasta el advenimiento del Estado y de la llamada Revolución Urbana cuando surgen las clases sociales, nosotros sostenemos que es altamente probable que en este momento del Preclásico Medio, donde estuviera vinculada la vasija del anuro de Pantitlán, que se desarrolló incipiente pero esencialmente la Revolución Clasista. No solamente se habrían consolidado los cacicazgos durante el Preclásico Temprano, sino que para esta fase contamos con los elementos arqueológicos necesarios para inferir la presencia de dos clases diferenciadas. Cabe la posibilidad de que la función de la vasija de Pantitlán esté directamente vinculada a nivel clasista, que haya sido incluso intercambiada a larga distancia y claro está, que de ser cinabrio lo que tiene adherido en la superficie, éste se ha encontrado a nivel panregional, asociado a entierros de individuos con mayor jerarquía como los encontrados en Chalcatzingo y La Venta (Reilly 1989:15). Dicha vasija, vinculaba signímicamente las virtudes del sapo con los sujetos que portaban el artefacto, ejercían



Dragón o Monstruo de la Tierra o Cósmico olmeca, a la izquierda se observa el signo ala-mano-pata, y en sus fauces las encías en forma de Ues invertidas. (Tomado de Castro y Cyphers 2006)

poder simbólico, control político-ritual del grupo.

Y es que Pantitlán hacia el Preclásico Medio (1100-500 a.n.e.) es solamente parte de todo un sistema regional. Hacia el el oriente del Estado de Morelos se desarrolla una mayor magnitud relacional regional de Chalcatzingo sobre otros sitios circunvecinos desde el 1100 hasta el 500 a.d.n.e. hasta convertirse en un centro regional. (Hirth 1987).

Teopantecuanitlan hacia el sur, ya en el actual estado de Guerrero, fue un centro de primer orden hacia el Preclásico Medio donde se desarrolló un complejo proyecto urbanístico cuya primera fase se encontraría hacia el Preclásico Temprano (1400 a.n.e.), con presencia de elementos que se comparten formalmente con la Costa del Golfo, pero que en apariencia, tienen altas probabilidades de tratarse de procesos sociales endógenos, y la erección de un centro hegemónico de toda la porción centro-este del actual Estado de Guerrero (Martínez 1994).

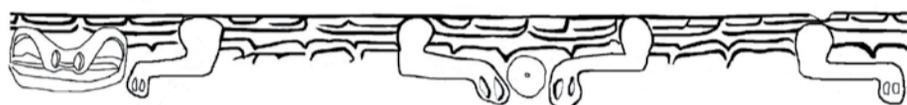
En el actual municipio de Xochitepec, en Zazacatlá (800-500 a.n.e.) existen contextos arqueológicos efecto de una organización urbana del Preclásico Medio formalmente análogos en algunos elementos arquitectónicos y signícos lapidarios con Chalcatzingo, Teopantecuanitlan y la Costa del Golfo (Canto y Castro 2007).

Otros sitios del Preclásico Medio en Morelos han sido identificados en la Cuenca alta del Río Yautepec, en Atilhuayán de donde proviene un muy conocido artefacto cerámico antropomorfo con signos olmecas llamado comúnmente "el sacerdote o el señor de Atilhuayán" que también muestra los signos de las Ues invertidas (Piña Chan y López 1952).

Los artefactos y elementos arqueológicos que han permitido establecer las relaciones culturales y sociales entre las sociedades de la Costa del Golfo y otras sincrónicas en América Media han tenido como asistente heurístico la idea de área cultural. De ahí que a la cultura arqueológica denominada genéricamente Olmeca del Golfo, haya sido nombrada Cultura Madre, o Área Olmeca Central. Conceptos alternos como interacción competitiva de Flannery y Marcus (2000) han sido considerados como posibles, evitando la dicotomía centro-periferia difusionista cultural.

Actualmente parte de los problemas de interacción entre los sitios olmecas de la América Media, se han abordado desde la estrategia técnica de los análisis composicionales de pastas cerámicas, una oportunidad para contrastar hipótesis de interacción procesual en campos prácticos sociales pretéritos definidos, como el cosmovisional y el de intercambio. Recientemente se analizaron en este nivel artefactos cerámicos procedentes de sitios arqueológicos sincrónicos con San Lorenzo (1500-900; ó 1350 a 1000 a.n.e., fechas calibradas), particularmente con la segunda mitad de este período. Con ejemplares provenientes desde Soconusco hasta la Cuenca de México se reportó que San Lorenzo no importó cerámica de otros sitios sincrónicos, mientras que sí exportó en pequeñas cantidades ejemplares que llegaron a otros sitios, pero donde estos no intercambiaron entre sí. Claro está, tecnofuncionalmente los artefactos tienen producción local con pretensión de reiteración de formas y signos cerámicos. (crf. Neff et. al. 2005) Lo que parece un hecho es que cuando menos existían otras tres regiones socioculturales, en La costa del Pacífico, Morelos-Guerrero con la Cuenca de México, y por último, la Costa del Golfo, que compartían atributos entre sí, con sus marcadas diferencias, y aún resulta difícil acreditar a una sociedad como la ejecutora de formas culturales de influencia contundente sobre las otras, o el simple hecho de aseverar que existe una "Cultura Madre" (cfr. Neff et. al. 2005 y 2006; Blomster 2005; y Sharer et. al. 2006).

Los sistemas de intercambio a larga distancia ya funcionaban para este momento a nivel América Media y muestran interrelación de sitios como Tlatilco y Tlapacoya en la Cuenca de México; Chalcatzingo y Teopantecuanitlan en Morelos y Guerrero; Las bocas en Puebla; San José Mogote y Monte Alban en Oaxaca; Tres Zapotes, San Lorenzo, el Manatí y La Venta en la Planicie costera del Golfo; Nakbé en el Petén; El Portón, La Blanca, Takalik Abaj, Ujuxté y Chalchuapa en la Costa del Pacífico en Chiapas y Guatemala. Los materiales de intercambio para uso diferencial por la clase hegemónica de cada centro, incluyeron piedra verde, serpentina, pirita, cinabrio, conchas, caracoles y obsidiana, entre otros productos se mencionan a los pájaros



Desarrollo del diseño de los signos incisos y moldeados en la pared exterior de la vasija, en la sección alta de la cenefa está el signo ala-mano-pata, y en la sección baja de la cenefa las Ues invertidas.

tropicales, algodón y cacao (Clark 1997:213; Gillespie 2008:7; y Reilly 1989:5-21).

La pequeña vasija del anuro de Pantitlan es una diminuta ventana hacia un sitio arqueológico donde se desarrolló un asombroso proceso, ya sea de manera primigenia o secundariamente, efecto de la relación con otros sitios, de la llamada Revolución Clasista, en estos contextos emergieron, una vez ya implementada la agricultura y la sedentarización plena, las sociedades que crecieron demográficamente por arriba del índice de subsistencia mínima del orden tribal, desarrollaron sistemas políticos complejos y con ello surgieron formas de organización social a mayor escala. Las relaciones de género, parentesco y las alianzas resultaron primordiales para regular la distribución de propiedad sobre la fuerza de trabajo, se comienza con la establecimiento de una defensa de la propiedad aunque esta seguirá siendo particular, es decir, le pertenece a un grupo hegemónico como colectivo, no como sujeto individual. Es en este momento en que es que se manifiesta una transición de una sociedad tribal jerarquizada a una de clases, buscando la adquisición de jerarquía por medio la legitimización "divina" y el constante desarrollo de rituales. (cfr. Bate 1998:87-88)

El laboratorio arqueológico para resolver la pregunta sobre ¿porqué surgen las clases sociales? se encuentra en este tipo de sitios. En Pantitlan, el horizonte de espera para poder investigarlo no solamente se ve amenazado por la eventual destrucción de la zona por la voracidad de los desarrollos de fraccionamientos, la agricultura intensiva, el crecimiento de la mancha urbana, sino también por la ceguera de los investigadores y de las instituciones vinculadas. Es pues, esta vasija, un artefacto que nos interpela a los investigadores y a la sociedad en general, para hacernos cargo de la explicación de los procesos sociales que permitan situarnos en la historia y hacer cara al futuro.

Bibliografía

- Bate Petersen, Luis Felipe.
1998 "Proceso de investigación en arqueología", Editorial Critica Grijalbo Mondori, S. A de C. V., Barcelona, España.
Canto, Aguilar, Giselle y Ana Emma Peña Rdriguez
2012 La triada de Pantitlán. El Tlacuache. No. 536:3-4. Suplemento Dominical Periódico La Jornada Morelos.
Canto Aguilar, Giselle y Víctor M. Castro Mendoza
2011 Zazacatlá in the framework of Olmec Mesoamerica. En The Place of Stone Monuments. Context, Use, and Meaning in Mesoamerica's Preclassic Transition. Guernsey, Julia et. al. (editores). Pp. 77-95. Dumbarton Oaks, Washington.
Coe, Michael y Richard A. Diehl
1980 In the Land of The Olmec. Volume I. Austin, University Press.
Clark J. E.
1997 The Arts of Government in Early Mesoamerica, Annual Review of Anthropology, Annual Reviews, Vol. 26, pp 211-234.
Chyphers Ann y Di Castro Anna.
2006 Iconografía de la Cerámica de San Lorenzo, Annales del Instituto de Investigaciones Estéticas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM. México D. F.
Flannery, Kent V. y Joyce Marcus
2000 Formative Mexican Chiefdoms and the Myth of the "Mother Culture". Journal of Anthropological Archaeology. No.19:1-37.
Gillespie Susan D.
2008 Chacaltzingo Monument 34: A Formative Period "Southern Style" Stela in the Central Mexican Highlands, The Pari Journal 9(1) a Quarterly Publication of the Pre-Columbian Art Research, Volume IX, No. 1, pp. 8-16.
Haskett, Robert
2010 Un tapiz de muchos colores: la iglesia y el clero en la Cuernavaca colonial. En Historia de Morelos Tierra, gente, tiempos del Sur. Vol. 4 La sociedad colonial, 1610-1780, Pp. 415-458. Horacio Crespo (Director) Brígida von Mentz (Editoria del volumen). Edición de Homenaje al Bicentenario de la Independencia de México y al Centenario de la Revolución Mexicana H. Congreso del Estado de Morelos. Congreso del Estado de Morelos-L Legislatura/Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Ayuntamiento de Cuernavaca/Instituto de Cultura de Morelos, México.
Hirth, Kenneth
1987 Formative Period Settlement Patterns in the Rio Amatzinac Valley. En Ancient Chalcatzingo. Grove, David C. (editor), pp. 343-367, University of Texas Press, Austin, U.S.A.
IABIN.www.iabin-us.org/projects/i3n/i3n_documents/progress_reports/progress_dominicanrep_list.doc, Bufo Marinus, accesado 25/02/13, 8:40 pm



Fotografía de la derecha, anuro del Río Balsas (tomada de <http://www.latinamericanstudies.org/effigy-vessels.htm>). Fotografía al centro, "shaman" (tomada de <http://www.latinamericanstudies.org/olmec/olmec-figure.gif>). Fotografía a la izquierda, anuro esgrafiado en la cabeza de la escultura del "shaman" (tomada de Reilly 1989).

Martínez Donjuan, Guadalupe

1994 Teopantecuanitlán: Hallazgos Recientes. En Memoria Tercer Congreso Interno. Centro INAH Morelos. Pp. 77-86. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Cuernavaca.

Nalda Hernández, Enrique et. al.

1980 Proyecto Morelos. Reporte 1. Vol. 1 Yautepec-Yecapixtla y 2 Hueyapan-Jantetelco. Reporte 1 del Proyecto Morelos. Departamento de Investigación Arqueológica, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Informe en el Archivo Técnico de la Ciudad de México.

1981 Proyecto Morelos. Reporte 2. Reporte 2 del Proyecto Morelos. Departamento de Investigación Arqueológica, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Informe en la Biblioteca de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Neff Hector, Blomster Jeffrey, Glascock Michael D., Bishop Ronald L., Blackman M. James, Coe Michael D., Cowgill George L., Diehl Richard A., Houston Stephen, Joyce Arthur, Lipo Carl P., Stark Barbara L., Winter Marcus.

2006 Methodological Issues in the Provenance Investigation of Early Formative Mesoamerican Ceramics, *Latin American Antiquity*, Society for American Archaeology, Vol. 17, No. 1, pp. 54-76.

Neff Hector, Blomster Jeffrey, Glascock Michael D.,

2005 Olmec Pottery Production and Export in Ancient Mexico Determined Through Elemental Analysis, *Science*, Vol. 307, pp 1068-1072. www.sciencemag.org

Piña Chan, Román y Valentín López González

1952 Excavaciones en Atlahuayán, Morelos. *Tlatoani* Vol.1, No.1:12-15.

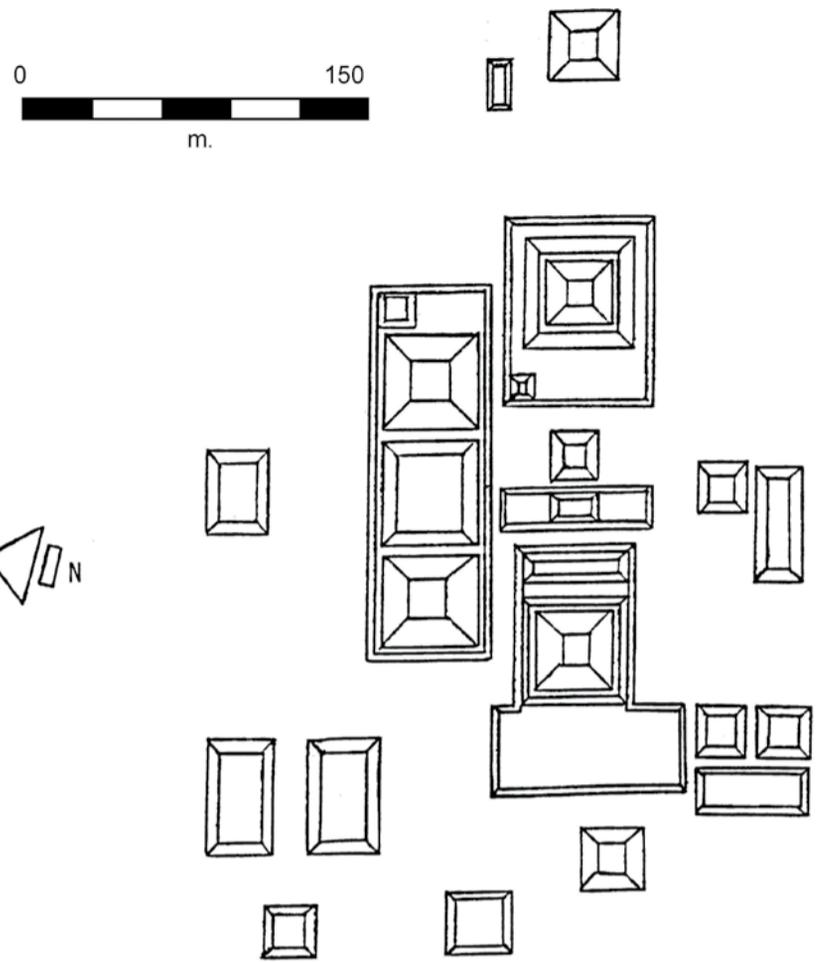
Reilly Kent F. III

1989 The Shaman in Transformation Pose: A Study of the Theme of Rulership in Olmec Art, *Record of the Art Museum*, Princeton University, Vol. 48, No. 2, pp. 4-21 Sharer Robert J., Balkansky Andrew k, Burton James H., Douglas T. Price, Feinman Gary M., Flannery Kent V., Grove David C., Marcus Joyce, Moyle Robert G., Redmond Elsa M., Reynolds Robert G., Rice Prudence M., Spencer Charles S., Stoltman James B., Yaeger Jason.

2006 On the Logic of Archaeological Inference: Early Formative Pottery and the Evolution of Mesoamerican Societies, *Latin American Antiquity*, Society for American Archaeology, Vol. 17, No. 1, pp 90-103.

Smith, Michael E., Timothy S. Hare y Lisa Montiel

2006 Reconocimiento superficial del Valle de Yautepec, Morelos. Informe Final.



Plano de la zona arqueológica de *Pantitlán* como habría lucido hace treinta años (Redibujado por Smith *et. al.*(2006 Cap. A1-B, p.3 de 10) y basado en el registro de Nalda *et. al.* (1980) a través de Vega (1993).

Informe entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Vega Nova, Hortensia de y Ana María Pelz Marín

1990 Informe parcial del Proyecto excavaciones estratigráficas en Morelos. Zacualpan de Amilpas, Ollintepic, Teopanzolco, Tlayacapan, Itzamtitlan el Recreo, Autopista, Sta. Lucía, Cuatlixco, Oaxtepec, Tepozteco, Ex-Hacienda Calderón, Tepoztlán Convento. Informe en el Archivo Técnico de la Ciudad de México.

Vega Nova, Hortensia de

1993 Excavaciones estratigráficas en Morelos. En *Boletín del Consejo de Arqueología*. Pp. 89-93, INAH, México.

En las garras del jaguar: los felinos en el México prehispánico

Arqglo. Omar Espinosa Severino
Proyecto Chalcatzingo

Hoy en día sabemos que en la antigüedad los animales despertaban admiración en los seres humanos, por considerarlos especiales, majestuosos, feroces o hábiles; podían poseer características únicas o similares al humano mismo. Los animales como parte de la naturaleza eran objeto de veneración o temor, y dependiendo del nivel de interacciones con los pueblos se les otorgaba importancia; ya fuera como animales de utilidad para la subsistencia del grupo humano o se les consideraba simbólicos y con grandes roles cosmológicos. Había especies animales que tomaban tal importancia que se les consideraba mágicos o guardianes de ciertos aspectos del universo.

En el México prehispánico había animales a los cuales se les otorgaba específicamente este tipo de atributos, se veían como seres místico-mitológicos que predominaban sobre otros por su fuerza y habilidad, y cuya importancia perduró en el tiempo y en las diferentes culturas. Los felinos son el ejemplo claro de este estereotipo, bestias fabulosas que se convirtieron en un símbolo para unos y el terror para otros.

En nuestro país los felinos resaltan por sus características físicas, hábitos y variabilidad, ya que los hay de diferentes tamaños, como los ocelotes, jaguarundis, gatos de monte, jaguares y pumas; pero que mantienen cualidades similares. Si hablamos de los últimos dos tendríamos que mencionar que destacan por su imponente tamaño y fuerza, y de hecho el jaguar es el tercer mayor felino en el mundo.

Los jaguares como otros felinos de gran tamaño tienen hábitos muy particulares; a pesar de considerarse nocturnos, pueden tener actividad después del amanecer, son ágiles trepadores de árboles y nadadores sin comparación. Cazadores natos que acechan a sus presas en sigilo, atacando de manera furtiva una gran cantidad de especies menores a ellos que van desde pecaríes, monos, conejos, venados, e incluso hasta se muestran versátiles porque son buenos pescadores. Se les puede encontrar en la cercanía de los cuerpos de agua, como las riveras de los ríos, y se refugian en lugares frescos, como las cuevas.

En el imaginario colectivo del México prehispánico al jaguar se le daba el status de "el señor de los animales" porque era un cazador espléndido, ya que todos los animales eran su presa, pero él no lo era de ningún otro animal. Todas estas destrezas no pasaron desapercibidas por las observadoras culturas humanas que identificaron sus propios patrones, hábitos y costumbres, equiparándolas con conductas humanas, terrenales y divinas.

Como hábiles nadadores y pescadores que eran, a estos animales se les relacionaba



El jaguar, relacionado al agua y la fertilidad.



Felinos de Chalcatzingo

con el agua y la fertilidad, por sus rutinas nocturnas también se les consideró dueños de la noche, las manchas en su piel podía representar cielos estrellados para algunas culturas, también se creía que sus manchas eran partes chamuscadas por el fuego mítico en la creación del mundo. Por su furtiva maestría para la caza eran creaturas que simbolizaban a la muerte.

Los felinos eran bestias duales, terrenales y acuáticos, del agua y el fuego, igualmente duales por transitar en este mundo y en el inframundo, creencia derivada por sus hábitos de refugiarse en las cuevas, recordando que las cuevas se consideraban lugares sagrados entrada al otro mundo.

Específicamente los jaguares fueron considerados como animales patronos, fueron tomados como tótems, energía guía y protectora que fungía como espejo del espíritu humano que reflejaba la humanidad interna de los jaguares y el animal interno del hombre. Las personas con más prestigio se compararon a si mismos con estos animales porque tal como eran "los señores de los animales", éstos eran "los señores de los hombres".

Por ello, el jaguar se convirtió en símbolo de los gobernantes, chamanes y altos mandos militares. Los grandes personajes tomaron la piel, garras y fauces para ataviarse y resaltarse entre la mayoría de la población y acentuar su jerarquía social, a tal grado de decir que ellos mismos venían de la estirpe del jaguar.

Los primeros símbolos del jaguar se utilizaron aproximadamente hace 3500 años por parte de la cultura Olmeca. A los olmecas académicamente se les ha llamado el pueblo del jaguar por su elaborada simbología alrededor de este animal, creando seres metamórficos mitad bestia, mitad hombre.

Los Olmecas, una de las culturas más antiguas de nuestro país, tuvieron su centro cultural en la Costa del Golfo, principalmente en los estados de Veracruz y Tabasco donde la selva tropical, los manglares y zonas costeras son el hábitat natural del jaguar. No es de sorprender que estas condiciones hayan determinado las interacciones que desembocaría en todas las manifestaciones del hombre-jaguar.

Pero no sólo había hombres-jaguar en la Costa del Golfo, el culto al felino se extendió a lo largo y ancho del país en casi todas las culturas, la maya, teotihuacana, zapoteca, mexica entre otras. Bajo la influencia de la propia cultura Olmeca podemos mencionar los vestigios con figuras de felinos talladas en piedra de Chalcatzingo, donde se recrean escenas en interacción con símbolos de agua, fertilidad y sustento.

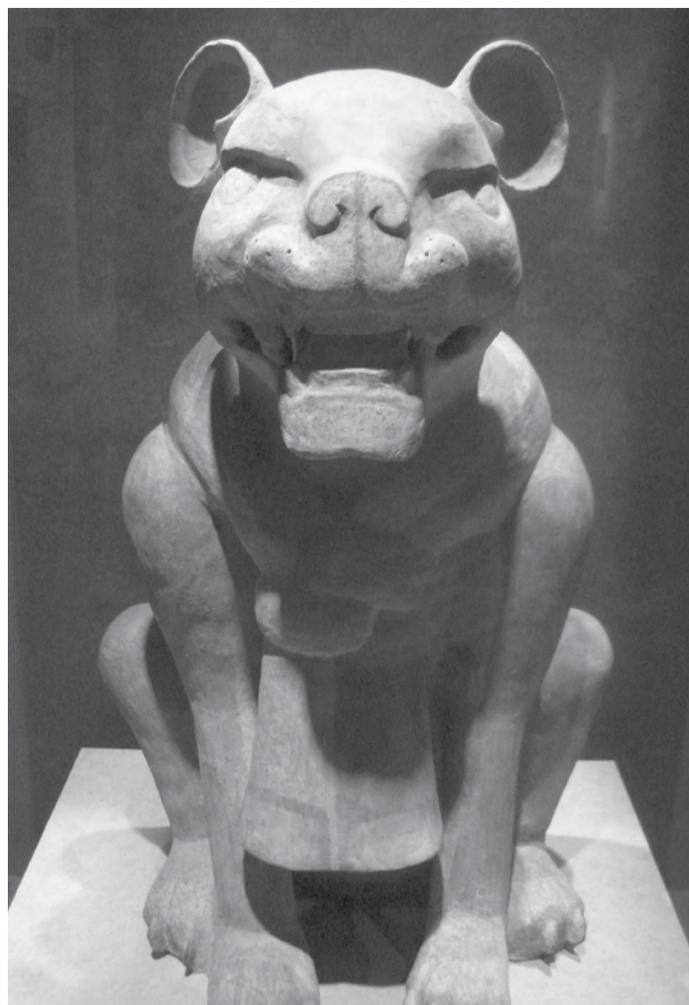
En Teotihuacan se han hallado mediante excavación arqueológica muchas representaciones de estos felinos en combinación con otros animales. Jaguares emplumados y jaguares con piel estrellada deambulaban en la cosmovisión teotihuacana, incluso se empezó a determinar clases o cargos sociales. Había sacerdotes que se vestían de jaguares o rangos militares relacionados con los felinos.

Los mayas no fueron la excepción al considerar a los jaguares como símbolo de liderazgo y sacrificio. En Chichén Itzá, por ejemplo, aparecen esculpidos jaguares devorando corazones humanos aludiendo a la muerte ritual y la reciprocidad con los dioses. Los mexicas también consideraron a los jaguares como símbolo ambivalente de vida y muerte, tenían incluso una famosa orden de guerreros que se relacionaban con uno de sus dioses principales, Tezcatlipoca: el dios de la guerra, patrono del linaje real e inventor de los sacrificios humanos.

Incluso, los jaguares formaban parte del mismísimo sistema calendárico, ámbito donde el tiempo y las dimensiones se unían. Tenían sus propios días, y aquel que nacía en el período del jaguar estaba destinado a tener un feroz espíritu y un porte excepcional, único de los grupos de la élite.

La idea de la adoración al jaguar puede que no sea única de los pueblos mexicanos, fue común en muchas culturas del mundo como la Chavín en Perú, pero en México se dio un fenómeno de continuidad histórica y simbólica desde los periodos más tempranos como lo es el Preclásico en el 1200 a. C., y que se mantiene hasta la época contemporánea con representaciones como la danza de los tigres en Guerrero.

La divinización de la naturaleza en forma de animales era común en el mundo, sin embargo la unión de rasgos animales y humanos desencadenó el desarrollo de uno de los rasgos culturales más importantes del México prehispánico en diferentes culturas y



Uma zapoteca de Jaguar en el MNA (foto del autor)

por eso los podemos observar en diferentes ámbitos de la sociedad como la política, la religión, el arte y el tiempo.

Los grandes felinos americanos eran embelesados y eran causa de asombro, pero también eran objeto de consumo en estas culturas. Es bien sabido que uno de los rasgos más apreciados era su piel por su llamativo colorido, aquel que la usara tendría un esplendoroso y solemne porte. Por lo que estos animales eran cazados e incluidos en los bienes de prestigio. Incluso fueron registrados en un elaborado sistema tributario hace unos 500 años por los mexicas. También eran capturados vivos para mantenerlos en cautiverio o para ofrendarlos en entierros de altos dignatarios mexicas, mayas, teotihuacanos u olmecas.

A pesar de la gran cosmovisión prehispánica que infundía respeto en estos animales en la antigüedad, hoy el panorama parece distinto. Actualmente, la población de jaguares ha disminuido en número, resultado de las actividades agrícolas y ganaderas que se dan en sus hábitats, en ocasión son considerados una amenaza para el ganado y son eliminados. Su conservación se ha excluido a zonas naturales protegidas como las biósferas de Sian Ka'an y Calakmul, en Quintana Roo y Campeche respectivamente.

El ícono del jaguar en las culturas prehispánicas mexicanas tuvo una relevancia fundamental en la concepción de su mundo, un mundo donde la fuerza y habilidad eran características intrínsecas de divinidad. El felino se usó como sinónimo del poder y justificaba una jerarquía política y social donde la cúspide era ocupado por personajes que descendían de seres místicos, hombres-jaguar que representaban a los dioses mismos.

El linaje del gran señor de los animales hoy ha quedado en los libros de historia y en las listas de especies en peligro de extinción, su reducida población es ahora motivo de consideración y preocupación por la comunidad científica.

Sin embargo, debemos tener en cuenta y mantener en nuestra memoria que hubo un tiempo donde los felinos dominaron el mundo, amos y señores del agua y el inframundo, de la noche y el sacrificio, grandes dignatarios que tenían la vida y la muerte en sus garras... al menos en el creencia de los antiguos pobladores mexicanos. Para leer más...

Coe, M. D. (1972). Olmec jaguars and olmec kings. En E. Benson (Ed.), *The Cult of Feline* (págs. 1-18). Washington: Dumbarton Oaks.

CONABIO. (2011). Fichas de especies prioritarias. Jaguar (*Panthera onca*). Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas y Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad.

Grove, D. (1972). Olmec felines in highland central Mexico. En E. Benson (Ed.), *The Cult of Feline* (págs. 153-164). Washington: Dumbarton Oaks.

Lévi-Strauss, C. (1984). *El pensamiento salvaje*. México: FCE.

Saunders, N. J. (2005). El ícono felino en México. *Fauces, garras y uñas*. Arqueología Mexicana, XII (72), 21-27.

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: Raúl Francisco González Quezada
Diseño y formación: Joanna Morayta Konieczna

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx